

## El "caso Bourdouleix", tiene raíces: de casta le viene al galgo...

Hace unos días estalló el escándalo por el “patinazo” del alcalde de Gilles Bourdouleix, Cholet (mancomunidad del Oeste de Francia, en el departamento de Maine y Loira, de 57.000 habitantes) en la vigente legislatura 2008-2014, pero que lo es ¡desde el 19 de junio de 1995! Y ha saltado el escándalo, como si la cuestión hubiera surgido por generación espontánea o fuera el fruto de una mala digestión, de un golpe de calor, de un mal sueño, de una fuerte intoxicación etílica o de un ataque de diarrea mental no transitoria. Diputado de la UDI (Unión de Demócratas e Independientes), y candidato a las municipales de 2014 en la carrera por la reelección, ya mismo baraja su pase a la UMP, porque diputados de su propio partido han decidido excluirle de la candidatura, después de su indecente dislate antigitano del pasado lunes 22 de julio.

De casta le viene al galgo el ser rabilargo. El 30 de septiembre de 2012, siendo ya diputado electo, se presentó en el área de estacionamiento del municipio, autorizada específicamente por la prefectura para las *Gens du voyage* / viajeros e itinerantes, de la ciudad que él gobierna a título de alcalde, con un séquito de miembros de su consejo municipal y un contingente de policías municipales, para tratar de consumir la expulsión de 140 familias en que estaba empeñado monsieur Bourdouleix, formando parte de la concentración de vecinos convocada contra los acampados. Desafortunadamente, la policía nacional no evitó preventivamente la concentración ilegal contra los derechos de unos ciudadanos, ni les dispersó cuando se inició la refriega contra los *Viajeros*, sabiendo que su actitud contravenía las leyes. Y el enfrentamiento derivó en algarabía, en el curso de la cual, la intervención *remedial* de la fuerza pública se saldó con algunos contusionados, y en el reparto de palos, alguno se encontró con un hombro del propio señor alcalde. Dolido, corrido y airado, presentó una denuncia contra el Ministerio del Interior “por haber puesto en peligro la vida de dignos ciudadanos” y “por tentativa de asesinato contra su persona”. Interior hizo saber que se trataba de una denuncia inane, inconsecuente y que, en todo caso, era Bourdouleix y quienes le seguían los que habían alterado el orden público y agredido a los acampados.

Los acontecimientos tuvieron lugar al tiempo que, en Marsella, centenares de manifestantes persiguieron a familias gitanas para forzarlas a abandonar sus asentamientos.

Es sabido, por otra parte, que el alcalde de Cholet ya había acaparado los titulares de los medios de comunicación en 2006, al exigir el endurecimiento de la ley Besson (Eric Besson, Ministro de Inmigración), que se discutía en la Asamblea Nacional, durante el Gobierno de Sarkozy. Ley que entró en vigor en el otoño de 2010, que fue reputada de ley fascista porque restringía hasta niveles de exclusión intolerable y desprecio a la dignidad humana los derechos fundamentales que, como personas, también corresponden a los extranjeros. Va de suyo, como se ha comprobado, que, para Bourdouleix y sus seguidores, los *Viajeros* (no todos, pero mayoritariamente franceses y Gitanos) carecen de derechos y ni siquiera tienen el derecho a la vida.

Retorzamos nuestro corazón y nuestra mente, y tratemos de imaginarnos, con fines didácticos, un supuesto tan diabólico como imposible: si otro Hitler levantara la cabeza y, repitiendo la infame historia, volviera a invadir Francia, el memo alcalde de Cholet sería un infausto reencarnado Pétain, trágico pelele

colaboracionista de aquel “emperador” de la tanatocracia industrializada que arrasó, directa e indirectamente, 51 millones de vidas (medio millón, gitanas) el pasado siglo.

Gilles Bourdouleix, ha resucitado en estos días la apología de aquel humanicidio programado, que desató el loco lamentable, cretino acomplejado hasta la náusea, cabo austriaco, alzado a la presidencia del Tercer Reich por las urnas (no lo olvidemos: la democracia puede pervertirse hasta lo inimaginable cuando la torpeza ciudadana pervierte sus votos soberanos). Menos mal que su *revival* repugnante, además del reproche moral generalizado, va a tener afortunadamente el inmediato tratamiento penal que se merece y que ya ha anunciado la justicia francesa. Jamás podrá salirse con la suya, y sus ensoñaciones de *ange exterminateur* se irán por el sumidero de su vomitona racista, condenado a la estulticia y al olvido, además de a lo que, contra su libertad mal administrada, decidan los tribunales. Pero mientras él rumia su fracaso y su impotencia, nosotros debemos aprender la lección. Decir ¡cuidado! NO basta. NO debemos, NO podemos, bajar la guardia.

Ya lo advirtió Goethe: “¡aún es fecundo el vientre que parió la cosa inmunda!”

Manuel Martín Ramírez  
Presidente de la Asociación Nacional Presencia Gitana